

y de tumulto! Si fueron trágicas en la vida, son dulcísimas para el recuerdo.

Vamos a exponer lo que fué aquella Revolución, la más grande y profunda de cuantas se han realizado.

Vamos a evocar y revivir en el período sublime y formidable. Vamos a asistir al nacimiento de un mundo.

EMILIO PATAUD

EMILIO POUGET

Cómo haremos la Revolución

CAPITULO PRIMERO

El Desmoronamiento

En la tarde del primaveral domingo de 19..., miles de huelguistas de la edificación se apiñaban en el picadero de San Pablo. Aquella multitud sobreexcitada por los largos días de huelga, electrizada por el fuego de los discursos y harta de sufrimientos se exasperaba y se volvía borrascosa.

La tempestad estaba en el aire. Se sentía el rumor de la cólera popular a punto de deflagración.

Hallábase hacía quince días suspendido el trabajo y toda la corporación luchaba.

Los obreros, obstinados en la resistencia, habían resuelto vencer; y los patronos, seguros del apoyo del gobierno, negaban en absoluto toda concesión.

Acabó el mitin.

La salida fué dificultada por las acostumbradas medidas de policía. La facilidad de estrechar el paso en la callejuela en que está situado el picadero hizo más compactos los cordones de polizontes, y, por exceso de precaución, una filtración rigurosa y una enervante lentitud contrariaba la evacuación del local.

La multitud se irritó contra el embotellado que se le imponía. Como materia excesivamente comprimida, se distendió bruscamente, y en un furioso impulso rompió las filas policíacas. A pesar de su número y de su empeño, los agentes de las brigadas centrales fueron rechazados, y la salida se efectuó más rápidamente.

Encolerizados por el fracaso de sus precauciones, los jefes policíacos ordenaron la reconcentración y trataron de oponerse a la ola popular que ruidosamente avanzaba por la calle de San Antonio

Los huelguistas hicieron frente al ataque, y en poco tiempo la escaramuza adquirió proporciones amenazadoras: algunas mesas y sillas tomadas de los cafés, unas tablas y un tranvía volcado bosquejaron una barricada

La resistencia obrera fué viva; los huelguistas se batieron con energía.

Mientras se desarrollaban esos incidentes en la calle de San Antonio, una columna de

huelguistas tomó la calle de Rívoli, dirigiéndose a los grandes bulevares, y como los agentes dispersos y los puestos de soldados que guardaban las obras desiertas, o vivaqueaban en distintos puntos, eran insuficientes para oponerle un dique, llegó allí fácilmente.

Los bulevares hallábanse concurridos como de costumbre, y las terrazas de los cafés llenas de consumidores; la manifestación inesperada produjo sorpresa y espanto en la multitud, la cual, empujada en gran parte, descendió como un torrente hacia la Magdalena, aumentada con los curiosos.

Avisado con urgencia, el prefecto de policía mandó dirigir bandas de agentes contra los manifestantes, y para ganar tiempo los amontonó en el metro y los desembarcó en la plaza de la Opera. Aquellas bandas, aumentadas con los soldados que custodiaban la obra de la plaza y las inmediatas fueron lanzadas contra los huelguistas.

El choque se produjo en las inmediaciones del Vaudeville. Los polizontes, sable en mano, se lanzaron contra los manifestantes; pero éstos, indignados y exasperados, se mantuvieron firmes, defendiéndose como podían, convirtiendo en armas cuantos objetos manejables hallaban a mano. El combate era desigual. Pronto sonaron algunos tiros. ¿De dónde par-

tieron los primeros? ¿De los agentes?... ¿De los huelguistas?... No se sabe; pero resultó evidente que los revólvers de ordenanza de los polizontes causaron más víctimas que los de los manifestantes.

Estos, sosteniéndose valerosamente, aumentaban su ardimiento con la lucha. ¿Cómo terminaría el incidente? Aunque mal armada, la multitud era terrible por su furor y su impetuosidad; pero los jefes de policía no querían que sus hombres retrocedieran, y recurrieron a la tropa.

Los soldados, más inconscientes que de ordinario por la fiebre de la pelea y por los golpes recibidos, obedecieron como autómatas. A la voz de mando, apuntaron, dispararon...

Prodújose formidable retroceso en la multitud. Sobre ella pasó la guadaña de la muerte. A los gritos de maldición y de cólera se mezclaron los lamentos de dolor. Además de numerosos heridos, casi todos obreros, resultaron algunos muertos.

La caballería, mandada apresuradamente, apareció en los bulevares por diversas calles y dislocó la manifestación; pero la multitud, aunque cortada en trozos, no se disolvió. Los grupos, rechazados de la gran arteria, se formaban de nuevo y, dirigiéndose hacia los arrabales, se aglomeraban en los locales públicos

donde por la noche celebraban sus reuniones, después de haber manifestado su indignación en el trayecto y haber esparcido por todas partes la noticia de la batalla y de la matanza.

Después de aquel fusilamiento de la masa popular, hubo una pausa de angustiosa calma, durante la cual, los manifestantes recogieron los heridos y los transportaron a las farmacias próximas, y los muertos, colocados por sus compañeros en automóviles, fueron conducidos en lúgubre procesión al local de la Federación de la Edificación, y depositados en el salón de actos, convertido en cámara mortuoria.

Lo trágico de aquella jornada, tan bruscamente elevada hasta revestir el carácter de guerra social, estalló en un ambiente saturado de odios y rencores, en que se vivía en constante perturbación y en un estado de nerviosidad y malestar general, en que los incidentes más insignificantes podían convertirse en grandiosos acontecimientos.

Un invierno largo y crudo había acentuado las causas de la inquietud; en los hogares obreros se habían desarrollado grandes sufrimientos, porque a la rudeza de la estación se había unido una carestía enorme que carecía de explicación racional y que el pueblo atribuía a los agiotistas.

Con la primavera sobrevino una renovación del movimiento vindicativo. Parecía como si las caricias del sol hubieran hecho sentir a los trabajadores la necesidad de distender sus músculos y experimentar su vigor, para asegurarse de que la rudeza del invierno no había atenuado su resistencia.

El antagonismo entre obreros y patronos había llegado a un grado que podía considerarse como el de tensión máxima. En ambos campos era permanente el estado de guerra, interrumpido solamente por armisticios que no producían entre los contendientes más que aplazamientos de corta duración.

Por ambas partes se habían organizado fuertemente para la lucha: frente a los sindicatos obreros y sus federaciones corporativas unificadas en la confederación General del Trabajo, los capitalistas, en muchos ramos de la producción, habían formado trusts industriales, y cuando no, habían constituido asociaciones de protección y defensa contra las huelgas, y en cuanto una paralización del trabajo amenazaba su seguridad, los patronos respondían con el *lock-out*, echando indistintamente fuera de las fábricas o de los talleres todos los obreros de la corporación.

Esas prácticas de defensa patronal habían producido en diferentes circunstancias dolo-

rosas repercusiones entre los trabajadores, sumiéndolos en la miseria y dislocando los sindicatos interesados; mas como esas crisis sólo habían sido momentáneas y parciales, los sufrimientos resultantes no habían excedido de un límite restringido. En su conjunto, sólo por solidaridad había sentido la clase obrera los efectos de tales represalias, y, por tanto, lejos de atenuar la virulencia de sus reivindicaciones, las había exacerbado y fortificado.

Su efecto fué, pues, diametralmente contrario al que los patronos se habían propuesto: no habían deprimido a los exaltados y habían lanzado a la órbita sindical a los indecisos, a los inertes, a los proletarios menos combativos.

Sucedió lo que ocurre siempre en las épocas de fermentación revolucionaria: las tentativas dirigidas a limitar el avance del movimiento subversivo se vuelven en su favor.

En aquella circunstancia, la consecuencia más tangible de los esfuerzos represivos de los capitalistas consistió en hacer más profunda y más completa la ruptura entre ellos y la clase obrera, hasta el punto en que, a la sazón, los períodos de calma eran muy raros.

Cuando la crisis se atenuaba en una corporación se exacerbaba en otra; los huelgas se sucedían a las huelgas; a los *lock-outs* respondían

los boicotes; el sabotaje dominaba con intensidad ruinosas.

Se había llegado a tal punto que industriales y comerciantes consideraban ya como poco envidiable y aun como insostenible su situación de privilegiados.

En concepto político el horizonte no era menos sombrío que en el económico. La República había perdido su antiguo prestigio, porque había defraudado todas las esperanzas. En vez de ser, como bajo el imperio se había soñado que fuera, un régimen social bosquejo de un nuevo mundo, era lo que la estructura de la actual sociedad hace inevitable: un gobierno al servicio, como sus predecesores, de la clase poseedora, de la Burguesía.

Los partidos se habían sucedido en el poder sin que el pueblo experimentase el menor beneficio ni viera un progreso sensible. Los hombres que se presentaban como conservadores habían cedido el turno a unos adversarios que se titulaban renovadores y se presentaban como socialistas; pero éstos, que en la oposición habían luchado por los grandes principios — ¡por la justicia!, ¡por la verdad! —, una vez en el poder, no fueron mejores que los otros.

Con tal proceder sobrevino la ruina de las

ilusiones populares, y se hizo patente, a la vista de los menos prevenidos, que el parlamentarismo tenía en el corazón gérmenes morbosos que disolvían las buenas voluntades y podrían las conciencias.

Para colmo, los vicios del gubernamentalismo se exhibían más desvergonzadamente que nunca: la mentira, el tráfico de las influencias, el saqueo del tesoro público, el agio sobre el abuso del crédito del Estado, todas las iniquidades, todos los escándalos. Los ministerios eran tiendas donde el menos desleal comercio era el de las condecoraciones, que sólo perjudicaba la bolsa de los vanidosos.

Todo ese fango, toda esa vergüenza que brotaba fatalmente del Estado, corría no menos negro y fétido que bajo el antiguo régimen; pero el sentido crítico del pueblo se había desarrollado, su clarividencia se había engrandecido y la repulsión venía de lo que antes le dejaba indiferente. Pero su repugnancia y sus rencores no le hacían perder la noción de las realidades: no miraba hacia atrás y no consideraba útil retrogradar a formas gubernamentales trasnochadas. Si se había saturado de escepticismo y sufría el parlamentarismo como una enfermedad cuyo tratamiento curativo ignoraba, sabía al menos que ninguno de los específicos políticos era un remedio eficaz.

Esa madurez de razonamiento, ese engrandecimiento de conciencia, que por momentos ganaba al pueblo, no le iluminaba hasta el punto de alumbrar plenamente su vía; presentía que los agregados de la nueva vida se hallaban más allá del parlamentarismo; entreveía sus gérmenes en el federalismo económico que anunciaban los sindicalistas; sentía desarrollarse en sí una potencia social que eliminaría la decadente fuerza militar, gubernamental y capitalista, pero todo como aspiraciones vagas. Para darle cuerpo era necesaria la fecundación revolucionaria.

Contra la clase obrera, cada vez más vigorosa y fuerte, desarrollándose conscientemente, los gobiernos habían recurrido unas veces a la mansedumbre, otras a la violencia; pero ni la loca represión y la persecución cruel, ni la dulcificada corrupción o la distribución de favores habían producido efecto. La masa popular se sentía sostenida por tan fuerte voluntad, tan profundamente saturada se hallaba de espíritu de rebeldía, que nada le deprimía. Tenía en sí una fuerza impulsiva que desconcertaba todos los proyectos reaccionarios y hacía abortar las medidas represivas que parecían mejor combinadas; mientras que, por el contrario, las miserias del pueblo y

hasta sus mismas faltas servían para el éxito de su causa.

Ese fenómeno, ya patente y repetidamente comprobado, iba a manifestarse una vez más por el desarrollo de los acontecimientos.

Las organizaciones sindicales, núcleos de las aspiraciones populares, constituían un peligro permanente que el gobierno trataba de aniquilar, sea atacándoles de frente, sea minándoles con hipocresía. ¡Todo era inútil!

Cuando el gobierno se hacía amable, conciliador e intentaba amansar los trabajadores, éstos, lejos de dejarse sorprender, se aprovechaban de las circunstancias para acentuar su acción.

Tampoco se dejaban abatir cuando, cambiando de táctica, el gobierno recurría a la manera brutal, y al menor conflicto movilizaba el ejército y le hacía vivaquear en el terreno de la huelga, multiplicando los incidentes trágicos.

En ambos casos la clase obrera se adiestraba en la lucha; se posesionaba de la calle, y se familiarizaba con las tácticas de resistencia, aprendiendo a no ceder ante las bandas de polizontes y a neutralizar la tropa lanzada en su contra.

Viéndose sucesivamente mimada o perse-

guida, sintió profundo desprecio por el gobierno y perdió poco a poco su pasividad.

He ahí por qué, a la salida accidentada del picadero de San Pablo, convirtió bruscamente el mitin en batalla.

París estaba en efervescencia hacía dos semanas por la huelga de la Edificación. Comenzó la huelga por un pequeño conflicto en una obra: al llamamiento a la solidaridad, lanzado por algunos obreros perjudicados, respondieron todos sus compañeros saltando las herramientas, y en un momento la obra se halló en huelga.

Los patronos, orgullosos con su fuerte coalición, en vez de circunscribir el caso, creyeron conveniente agravarle, y, repercutiendo en toda la población, la huelga se generalizó.

Simultáneamente se desarrollaban otras huelgas en París y en provincias, agravando el malestar y sobreexcitando los ánimos.

Sólo en París, según las estadísticas más aproximativas, cien mil obreros de diversos oficios se hallaban en lucha.

En provincias,, aunque más diseminada, la agitación no era menos viva, resaltando como síntoma característico, que la ebullición no se circunscribía a los centros industriales, sino que las regiones agrícolas también se habían contaminado. En todas partes, a los menores

incidentes, los rozamientos y los choques se convertían en conflictos violentos, en huelgas de gravedad siempre creciente.

En aquella sobrecargada atmósfera en que se agitaban y excitaban los odios contra el patronazgo y el gobierno, se propagó con la espontaneidad de una descarga eléctrica la noticia de la escaramuza en las inmediaciones del picadero de San Pablo y del sangriento drama que a continuación se desarrolló en los grandes bulevares.

Primeramente se sintió estupor y consternación; después se cerraron los puños, fulguraron las cóleras; la masa popular, angustiada, indignada, vibró, y la sobreexcitación llegó al paroxismo.

¡Estalló la tempestad!

Aquella matanza, no más mortífera que muchas anteriores, precipitaba los acontecimientos y creaba una situación revolucionaria.